

Regímenes de afectación temporal: actualismo, nostalgia y prácticas culturales retro en el presente hiperdigital

Regimes of Temporal Affect: Actualism, Nostalgia, and Retro Cultural Practices in the Hyperdigital Present

Daniel Ovalle Pastén*

* Profesor colaborador del Magíster en Historia de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso (Chile). Es Doctor en Historia por la Universidad de Chile. Fue investigador Postdoctoral ANID-FONDECYT. Sus líneas de investigación son la Historia del Tiempo Presente, la conciencia histórica contemporánea; el Antropoceno como problema epistemológico, la teoría de la historia y la filosofía de la historia en la obra del filósofo Paul Ricoeur. Tiene una estadia de investigación en el Fondo Ricoeur de París y ha sido profesor invitado por la Universidad Autónoma de Chihuahua y Universidad de Concepción. Es editor ejecutivo de la revista *Historia da Historiografia* (Brasil) y parte del comité editorial de la revista *Historia y Grafía* (México). Correo electrónico: daniel.ovalle@pucv.cl

 <https://orcid.org/0000-0002-8220-7683>

195

Historial editorial

Recibido: 5-abril-2026

Aceptado: 29-junio-2026

Publicado: 31-julio-2026



Regímenes de afectación temporal: actualismo, nostalgia y prácticas culturales retro en el presente hiperdigital

Resumen

Las sociedades hiperconectadas de las primeras décadas del siglo XXI exhiben una paradoja. El régimen temporal que con mayor velocidad consume y descarta el presente es también el que con mayor intensidad produce, demanda y comercializa el pasado. Este trabajo, de carácter teórico y exploratorio, propone el concepto de régimen de afectación temporal para volver inteligible esa paradoja. El concepto articula tres niveles que la literatura suele estudiar por separado: el estructural-histórico de los regímenes de historicidad, el sociológico de la aceleración y el actualismo, y el neurobiológico de la afectividad temporal. La tesis que se defiende es que las prácticas culturales retro no constituyen una resistencia crítica al régimen actualista. El déficit de resonancia y su gestión comercial son, más bien, el anverso y el reverso de un mismo proceso, de modo que la nostalgia contemporánea operaría menos como impugnación que como tecnología afectiva de adaptación a una aceleración sin horizonte. El criterio de validez del argumento no descansa en la contrastación empírica, sino en la coherencia y la capacidad explicativa del concepto frente a un conjunto de fenómenos cuya dispersión aparente oculta una lógica temporal compartida.

Palabras Clave: regímenes de historicidad, presentismo, actualismo, nostalgia, historia de las emociones.

Regimes of Temporal Affect: Actualism, Nostalgia, and Retro Cultural Practices in the Hyperdigital Present

Abstract

The hyperconnected societies of the early decades of the 21st century show a paradox. The temporal regime that most rapidly consumes and discards the present is also the one that most intensely produces, demands, and commercializes the past. This theoretical and exploratory study proposes the concept of the regime of temporal affect to make sense of this paradox. The concept brings together three levels that the literature tends to study separately: the structural-historical level of regimes of historicity, the sociological level of acceleration and actualism, and the neurobiological level of temporal affect. The main argument is that retro cultural practices do not constitute a form of critical resistance to the actualist regime. Instead, the deficit of resonance and its commercial management are two sides of the same process; therefore, contemporary nostalgia operates less as a form of contestation than as an affective technology for adapting to an acceleration without a horizon. The validity of this argument relies not on empirical testing, but on the internal coherence and explanatory capacity of the concept when applied to a set of phenomena whose apparent dispersion conceals a shared temporal logic.

Keywords: regimes of historicity, actualism, presentism, nostalgia, history of emotions.

Régimes d'affectation temporelle : actualisme, nostalgie et pratiques culturelles rétro dans le présent hypernumérique

Résumé

Les sociétés hyperconnectées des premières décennies du XXI^e siècle manifestent un paradoxe. Le régime temporel qui consomme et jette le présent à la plus grande vitesse est aussi celui qui produit, exige et commercialise le passé avec la plus forte intensité. Ce travail théorique et exploratoire propose le concept de régime d'affectation temporelle pour rendre ce paradoxe intelligible. Ce concept articule trois niveaux souvent abordés séparément : le niveau structurel-historique des régimes d'historicité, le niveau sociologique de l'accélération et de l'actualisme, et le niveau neurobiologique de l'affectivité temporelle. La thèse défendue soutient que les pratiques culturelles rétro ne constituent pas une résistance critique au régime actualiste. Le déficit de résonance et sa gestion commerciale représentent plutôt le recto et le verso d'un même processus, de sorte que la nostalgie contemporaine opérerait moins comme une contestation que comme une technologie affective d'adaptation à une accélération sans horizon. Le critère de validité de l'argument repose non pas sur une vérification empirique, mais sur la cohérence et la capacité explicative du concept face à un ensemble de phénomènes dont la dispersion apparente masque une logique temporelle partagée.

Mots-clés : régimes d'historicité, présentisme, actualisme, nostalgie, histoire des émotions.

Reżimy czasowe: terazniejszosc, nostalgia i retro-praktyki kulturowe we współczesności hipercyfrowej

Streszczenie

Hiperpołączone społeczeństwa pierwszych dekad XXI wieku wykazują pewien paradoks. Reżim czasowy, który najszybciej konsumuje i odrzuca terażniejszość, jest jednocześnie tym, który najintensywniej wytwarza, żąda i komercjalizuje przeszłość. Niniejsza praca o charakterze teoretycznym i badawczym proponuje pojęcie reżimu afektu czasowego (régimen de afectación temporal), aby uczynić ten paradoks zrozumiałym. Pojęcie to łączy trzy poziomy analizowane zazwyczaj osobno: strukturalno-historyczny (reżimy historyczności), socjologiczny (przyspieszenie i aktualizm) oraz neurobiologiczny (afektywność czasowa). Broniona teza zakłada, że retro-praktyki kulturowe nie stanowią krytycznego oporu wobec reżimu aktualistycznego. Deficyt rezonansu i jego komercyjne zarządzanie są raczej dwoma stronami tego samego procesu, przez co współczesna nostalgia działa mniej jako sprzeciw, a bardziej jako afektywna technologia adaptacji do przyspieszenia pozbawionego horyzontu. Kryterium ważności argumentu nie opiera się na weryfikacji empirycznej, lecz na spójności i zdolności wyjaśniającej pojęcia w konfrontacji ze zjawiskami, których pozorny rozproszenie ukrywa wspólną logikę czasową.

Słowa kluczowe: reżimy historyczności, prezentyzm, aktualizm, nostalgia, historia emocji.

Introducción

En las primeras décadas del siglo XXI, las sociedades hiperconectadas asisten a una proliferación sin precedentes de prácticas culturales vueltas hacia épocas anteriores. El disco de vinilo y el casete resurgen como objetos de consumo, el *retrogaming* se consolida como industria, los *remakes* y las reediciones se multiplican, y las plataformas de *streaming* ofrecen ficción ambientada en décadas pasadas en grandes cantidades. El fenómeno plantea la paradoja de la que parte este trabajo: el régimen temporal que con mayor velocidad consume y descarta el presente es, al mismo tiempo, el que con mayor intensidad produce, demanda y comercializa el pasado. El pasado ya no está para dar lecciones al modelo ciceroniano, sí para su consumo (Cruz, 2012).

La paradoja resulta desconcertante a la luz del diagnóstico que François Hartog ofreció sobre la experiencia contemporánea del tiempo. Según su tesis, las sociedades occidentales habrían ingresado en un régimen de historicidad presentista, en el que el presente se ha vuelto el horizonte casi exclusivo desde el cual se organiza la relación con el pasado y el porvenir (Hartog, 2007). El futuro habría dejado de operar como promesa orientadora; el pasado se habría convertido en objeto de gestión memorial y patrimonial. Y sin embargo, en lugar de producir indiferencia hacia lo pretérito, el presentismo parece avivar una demanda afectiva de pasado que desborda los marcos de la conmemoración institucional y se instala en el consumo cotidiano.

El presentismo, por sí solo, no alcanza para entender esta dinámica. Hartmut Rosa ofrece una segunda clave al describir la modernidad tardía como un proceso de aceleración social que termina produciendo un déficit estructural de resonancia. Los sujetos ya no logran vincularse de manera significativa con su entorno, porque ese entorno se transforma más rápido de lo que ellos alcanzan a habitarlo (Rosa 2013, 2019). Aun así, el presentismo y la aceleración dejan sin explicar lo que esta experiencia tiene de específicamente digital. Ese vacío lo llena el actualismo de Valdeí Lopes de Araújo y Mateus Henrique de Faria Pereira, que nombra la temporalidad de unas sociedades sometidas a la presión constante de la actualización, del *update* permanente. En ellas el miedo a la obsolescencia ordena la vida social, y la aceleración ha perdido por completo su antiguo

horizonte utópico (Araújo y Pereira, 2019). Lo resume bien la fórmula de los autores: “todo cambia incesantemente para que todo permanezca igual” (Araújo y Pereira, 2019, p. 31). La novedad nunca cesa, pero no abre ninguna discontinuidad; se limita a reproducir un presente que se actualiza sin transformarse. Esta condición actualista es la que vuelve inteligible la proliferación de lo retro. Si el presente digital solo produce más presente, actualización sin discontinuidad, entonces el pasado queda como el único lugar donde algo puede aparecer como verdaderamente distinto. Los objetos analógicos que no se actualizan, el disco que carece de versión 2.0 o el cartucho que no recibe parches, y las narraciones ambientadas en otras décadas ofrecen una textura temporal lenta, densa e irreversible que el entorno de disponibilidad total y simultaneidad cancela sin descanso.

La nostalgia ocupa el centro del fenómeno, aunque su estatuto merece una aclaración. No se trata de una emoción simple ni de una disposición sentimental, sino de un afecto con historicidad. Thomas Dodman ha mostrado que, antes de transformarse en emoción sentimental por la vía de un largo proceso histórico, la nostalgia fue diagnosticada como una enfermedad capaz de matar (Dodman, 2018). Este trabajo sostiene que el régimen actualista inaugura un momento de esa genealogía, el paso de la emoción a la mercancía afectiva, en el que el déficit de resonancia producido por la aceleración digital no se suprime, sino que la industria cultural lo captura y lo revende bajo la forma de objetos y experiencias del pasado. La variabilidad de estos estados confirma que el modo en que el tiempo afecta a los sujetos no es universal, sino que lo producen configuraciones específicas.

La investigación neurocientífica reciente permite precisar por qué esas prácticas resultan afectivamente eficaces. La experiencia nostálgica se sostiene en la coactivación de los sistemas cerebrales de memoria y recompensa, de manera que los objetos retro reactivarían una arquitectura de resonancia que el entorno actualista clausura (Oba et al, 2016). Importa, eso sí, fijar el estatuto de este recurso. La neurociencia no funciona aquí como instancia de prueba ni como fundamento último del argumento histórico, sino como indicio convergente; los propios investigadores advierten que buena parte de sus interpretaciones descansa en inferencia inversa y posee, en el mejor de los casos, un valor sugestivo. Que las emociones sean construcciones culturalmente moduladas y no módulos

universales preinstalados (Barrett, 2017) no hace sino reforzar la hipótesis de que los regímenes culturales del tiempo configuran históricamente una plasticidad afectiva, sin que ello obligue a reducir la historia a la biología.

Esta articulación entre lo afectivo, lo cultural y lo histórico no surge en el vacío disciplinar. Durante las dos últimas décadas, la historia de las emociones ha establecido que los afectos no son constantes biológicas universales, sino productos bioculturales situados que cambian con el tiempo, y cuya naturalización en el presente conviene poner en entredicho (Boddice, 2018; Boddice y Smith, 2020). El programa ha generado herramientas conceptuales de gran alcance, como los regímenes emocionales de William Reddy (2001) o las comunidades emocionales de Barbara Rosenwein (2002, 2006), que permiten pensar la afectividad como hecho histórico y social antes que como dato meramente psicológico. El concepto que aquí se propone se inscribe en esa tradición, pero la desplaza hacia un objeto que la historia de las emociones ha tratado con menor sistematicidad: no las emociones normadas por un orden político, sino los afectos producidos por una configuración del tiempo.

Sobre esa base, el trabajo propone el concepto de régimen de afectación temporal como herramienta capaz de articular los tres niveles señalados: el estructural-histórico de los regímenes de historicidad, el sociológico de la aceleración y el actualismo, y el neurobiológico de la afectividad temporal. Un régimen de afectación temporal designa el modo históricamente específico en que una determinada configuración del tiempo produce efectos afectivos sobre los sujetos que la habitan.

La pregunta que orienta la exploración puede enunciarse de la siguiente manera: ¿de qué modo el concepto de régimen de afectación temporal permite articular teóricamente las relaciones entre actualismo, déficit de resonancia y presentismo como condiciones de producción de las prácticas culturales retro en el presente hiperdigital? La hipótesis sostiene que estas prácticas no constituyen una resistencia crítica al régimen actualista, y que el déficit afectivo y su gestión comercial son el anverso y el reverso de un mismo proceso. El régimen produce la falta de resonancia, esto es, la imposibilidad de habitar un presente que se actualiza sin transformarse, y a la vez ofrece su paliativo en forma de mercancía nostálgica. En este sentido, la nostalgia contemporánea funcionaría menos

como impugnación que como tecnología afectiva de adaptación a una aceleración sin horizonte. La distinción que Svetlana Boym (2001) trazó entre nostalgia restauradora y reflexiva ayuda a matizar esta lectura, y las críticas de la cultura pop reunidas bajo la noción de retromanía contribuyen a iluminarla (Reynolds, 2011). De ahí que el trabajo no aspire a dirimir la disyuntiva entre resistencia y síntoma, sino a disolverla: la ambivalencia entre una y otro no es una indeterminación pendiente de resolución, sino el rasgo constitutivo del régimen de afectación temporal que se examina.

Por su carácter teórico y exploratorio, el trabajo no busca verificar empíricamente la hipótesis, sino elaborarla mediante la articulación de los marcos descritos. Su validez no depende de la contrastación de datos, sino de la coherencia y la capacidad explicativa del concepto frente a un conjunto de fenómenos cuya dispersión aparente esconde una lógica temporal compartida. La exposición se ordena en dos apartados y una conclusión. El primero construye el concepto de régimen de afectación temporal articulando los tres niveles teóricos y lo distingue de las categorías vecinas de la historia de las emociones. El segundo examina la nostalgia como mercancía afectiva y reconstruye su genealogía, su sustrato neurobiológico y su despliegue en las prácticas culturales retro. La conclusión retoma la disyuntiva entre resistencia y síntoma para mostrar por qué conviene disolverla en lugar de resolverla.

El régimen de afectación temporal: del presentismo al actualismo

Construir el concepto de régimen de afectación temporal obliga, ante todo, a precisar la operación que lo separa de las categorías con las que dialoga. Se busca sumar tres marcos heterogéneos, la teoría de los regímenes de historicidad, la sociología de la aceleración y la neurociencia de la afectividad, en una síntesis operativa. Se trata de mostrar que cada uno describe un nivel de un mismo fenómeno y que ninguno, aislado, lo agota. El concepto nombra justamente la articulación entre esos niveles, el punto en que una estructura histórica del tiempo, una dinámica social de la velocidad y una arquitectura afectiva del sujeto convergen en una experiencia determinada de lo temporal.

El primer nivel es el estructural-histórico. La noción de régimen de historicidad, tal como la elaboró Hartog (2007), no designa un periodo ni una época, sino una manera de articular las categorías de pasado, presente y futuro. Lo que el autor llama presentismo es el régimen en que esa articulación se desequilibra a favor de un presente hipertrofiado, el horizonte de expectativa se contrae, el futuro pierde su fuerza orientadora y el espacio de experiencia queda sometido a una gestión memorial y patrimonial cada vez más intensa. El presentismo no es indiferencia hacia el pasado. Es, al revés, una nueva relación con él, mediada por la memoria, el patrimonio y la conmemoración.

El segundo nivel es el sociológico. La teoría de la aceleración social de Rosa (2013) ofrece el mecanismo que el diagnóstico de Hartog deja indeterminado. Rosa identifica tres dimensiones de la aceleración, la técnica, la del cambio social y la del ritmo de vida, y muestra cómo se realimentan en un círculo que se sostiene a sí mismo. La consecuencia experiencial de ese proceso es lo que Rosa denomina déficit de resonancia: la imposibilidad de establecer una relación recíproca con el mundo en la que el sujeto se deja afectar por su entorno y, a su vez, responde a él de manera significativa (Rosa, 2019). La resonancia no equivale a consonancia ni a mera satisfacción. Nombra una relación vibrante en la que algo del mundo responde y algo del sujeto se transforma. Cuando el entorno se acelera más rápido de lo que el sujeto alcanza a habitarlo, la relación se interrumpe y el mundo enmudece: queda disponible y manipulable, pero incapaz de interpelar. El presentismo de Hartog y el déficit de resonancia de Rosa describen, desde ángulos distintos, una misma alteración del vínculo con el tiempo.

El tercer nivel especifica el carácter propiamente digital de la experiencia, y lo aporta el actualismo. Araújo y Pereira (2019) sostienen que la temporalidad de las sociedades hiperdigitales ya no se organiza en torno a la categoría moderna de progreso ni en torno a la pura sincronía del presente, sino en torno a la actualización. El *update* permanente como forma dominante del vínculo con el tiempo. La novedad es incesante pero carece de dirección; cada versión reemplaza a la anterior sin acumularse en un relato de progreso ni abrirse a una discontinuidad. La fórmula de los autores captura la paradoja con exactitud: el actualismo es un régimen de

cambio sin transformación, de movimiento sin destino. El miedo a la obsolescencia, y no la esperanza en el porvenir, es lo que ordena la vida social.

Los tres niveles convergen en una misma estructura experiencial, y la convergencia dista de ser trivial. El presentismo describe la forma histórica del tiempo; la aceleración, su dinámica social; el actualismo, su modalidad técnica. Ninguno de los tres tematiza con suficiencia el plano afectivo: cómo esa configuración del tiempo se inscribe en los sujetos, qué afectos genera y por qué ciertos objetos del pasado adquieren, en ese marco, una potencia singular. De ahí la función del concepto propuesto. Un régimen de afectación temporal es la bisagra que conecta la estructura histórica del tiempo con la experiencia afectiva de quienes la habitan; afirma que toda configuración del tiempo es, a la vez, una distribución de afectos.

La historia de las emociones ya dispone de una categoría que parece cubrir el terreno: el régimen emocional de Reddy. ¿No sería el régimen de afectación temporal una variante suya, o incluso una redundancia? La pregunta es legítima, y responderla permite delimitar con exactitud el aporte propio. El régimen emocional de Reddy (2001) es una categoría normativa y política. Lo define como el conjunto de emociones normativas y de los ritos, prácticas y enunciados que las expresan e inculcan, y que todo orden político estable necesita para sostenerse. Un régimen emocional prescribe qué emociones deben sentirse y expresarse, y sanciona las desviaciones. De modo análogo, las comunidades emocionales de Rosenwein (2006) designan grupos que comparten valoraciones sobre qué afectos son valiosos y qué modos de expresión resultan legítimos. Ambas categorías piensan la emoción desde la norma social que la regula; su objeto es el deber afectivo, lo que se debe sentir, y su reparto desigual entre grupos.

El régimen de afectación temporal opera en otro registro. No tematiza la norma que prescribe un afecto, sino la estructura temporal que lo produce con relativa independencia de toda prescripción. La cuestión no es qué emociones respecto del tiempo deberían sentir los sujetos de una sociedad hiperdigital, pues no hay un mandato explícito que ordene sentir nostalgia, sino qué afectos genera, casi estructuralmente, una configuración del tiempo marcada por la aceleración sin horizonte. El déficit de resonancia no es una emoción normada; es el efecto afectivo de una estructura

temporal. Donde Reddy pregunta por el gobierno político de las emociones, el concepto aquí propuesto pregunta por la producción temporal de los afectos. Las dos categorías no rivalizan, trabajan sobre planos distintos y, en rigor, se complementan. Un análisis completo de la afectividad contemporánea podría articular ambas, la estructura temporal que produce la nostalgia y los regímenes y comunidades emocionales que la canalizan, la valoran o la resisten, pero esa articulación exige primero distinguirlas.

La delimitación permite, además, situar el concepto frente a una tentación reduccionista. La historia de las emociones ha insistido, con razón, en que los afectos son productos bioculturales e históricos y no constantes universales, y ha prevenido contra la naturalización de las categorías afectivas del presente (Boddice, 2018). El régimen de afectación temporal asume esa premisa por entero. No postula una nostalgia transhistórica e invariante, sino afectos temporalmente situados, producidos por configuraciones específicas del tiempo. Si en el apartado siguiente recurre a la investigación neurocientífica, no lo hace para fundar el afecto en una base biológica universal que disolvería su historicidad, sino para mostrar cómo una arquitectura neural relativamente estable puede ser modulada por regímenes culturales del tiempo. El diálogo con la neurociencia no naturaliza el afecto; intenta precisar el mecanismo por el cual lo histórico se inscribe en el cuerpo sin reducirse a él (Boddice y Smith, 2020).

El concepto que resulta de esta operación tiene una estructura definida. En su nivel estructural-histórico hereda de Hartog la idea de que toda época articula de un modo singular las categorías del tiempo. En su nivel sociológico hereda de Rosa la tesis de que esa articulación posee una dinámica, la aceleración, y un efecto experiencial, el déficit de resonancia. En su especificación digital hereda de Araújo y Pereira la caracterización del actualismo como cambio sin transformación. Y en su aporte propio añade que toda esta configuración del tiempo no es afectivamente neutra, sino que produce, distribuye y orienta afectos; entre ellos, de manera privilegiada en el caso del actualismo, la nostalgia.

Conviene anticipar aquí la tesis que desarrollará el segundo apartado. Si el régimen actualista se define por el cambio sin transformación, por una novedad incesante que no abre discontinuidad alguna, entonces el pasado

adquiere dentro de él una función afectiva singular al volverse el único lugar donde algo puede aparecer como otro. En un presente que se actualiza sin cesar y no se transforma, lo único que escapa a la lógica del *update* es aquello que ya ocurrió y no admite versión nueva.

La nostalgia como mercancía afectiva

El régimen de afectación temporal actualista produce una demanda de pasado. Falta mostrar cómo se constituye esa demanda, sobre qué arquitectura afectiva se apoya y de qué manera la captura la industria cultural. El recorrido tiene tres pasos. Primero, restituir la historicidad de la nostalgia. Segundo, examinar su sustrato neurobiológico con la cautela que el caso reclama. Tercero, analizar las prácticas culturales retro como el lugar donde el déficit de resonancia se convierte en mercancía.

La nostalgia no es una emoción simple ni una disposición natural del ánimo. Su historia documentada arranca en un registro que hoy sorprende, el de la patología médica. El término data, al menos, de 1688 cuando se nombró una enfermedad, literalmente el dolor del retorno, que afectaba a soldados y mercenarios lejos de su tierra y podía conducir a la muerte. Dodman (2018) ha reconstruido el camino por el que aquella dolencia mortal, diagnosticada y tratada en hospitales militares durante más de un siglo, fue volviéndose una emoción sentimental, el anhelo melancólico, y en cierto modo placentero, por un pasado irrecuperable. La nostalgia tiene, pues, una genealogía, y su forma actual es resultado de un proceso histórico, no un dato antropológico constante.

Otros han precisado el sentido de aquella irrupción médica. La nostalgia ingresó en la medicina moderna como una dolencia híbrida, situada entre el error moral y el defecto corporal, y enraizada en una experiencia particular de la temporalidad con resonancias epistemológicas, políticas y existenciales. No fue desde el comienzo una simple afección del sentimiento, sino una forma de relacionarse patológicamente con el tiempo, una incapacidad de habitar el presente bajo la presión de un pasado que reclamaba retorno. Esa dimensión temporal, ya presente en el diagnóstico originario, es la que el argumento de este trabajo recupera (Garrochol, 2019)

El segundo momento de la genealogía, la domesticación de la nostalgia como emoción sentimental, ha sido documentado con finura por Susan Matt en su historia de la añoranza del hogar en Estados Unidos. Matt (2011) muestra cómo el sentimiento de *homesickness*, reconocido en el siglo XIX como una afección grave y socialmente legítima, fue reinterpretado, politizado y finalmente transformado: de patología médica pasó a categoría de identidad cultural, expresión de un vínculo con los orígenes que la modernidad móvil y expansiva exigía reprimir y conservar al mismo tiempo. Su trabajo aporta el eslabón que conecta la patología diagnosticada en 1688 con la emoción cultural contemporánea, y deja ver que cada estado de la nostalgia responde a una configuración histórica de la relación entre los sujetos, el espacio y el tiempo. Boym (2001) por su parte, ofreció la distinción que permite matizar la forma contemporánea del afecto: la nostalgia restauradora, que pretende reconstruir literalmente el pasado y alimenta proyectos identitarios, y la nostalgia reflexiva, que medita con ironía sobre la pérdida y el paso del tiempo sin aspirar a abolirlos.

Sobre esa base genealógica, el trabajo propone reconocer un tercer momento, propio del régimen actualista: el paso de la emoción sentimental a la mercancía afectiva. Si en el primer momento la nostalgia fue enfermedad y en el segundo emoción, en el tercero se vuelve objeto de captura y reventa por parte de la industria cultural. El déficit de resonancia que el actualismo produce no se suprime ni se elabora; se mercantiliza. La carencia afectiva que genera la aceleración encuentra en el mercado de lo retro un paliativo que se compra y se vende. Este tercer momento no anula los anteriores. Los presupone y los reinscribe en una lógica económica determinada, de manera que la nostalgia contemporánea es a la vez heredera de la patología de 1688, de la emoción sentimental decimonónica y de la forma mercancía que el actualismo le imprime.

206 La eficacia afectiva de esa mercancía no es arbitraria, y la investigación neurocientífica reciente permite entender por qué. Vuelvo, eso sí, sobre la cautela ya anunciada, lo que sigue no funda el argumento histórico en la biología, sino que ofrece un indicio convergente sobre el mecanismo por el cual ciertos objetos del pasado cobran potencia afectiva. En estudio mostró, mediante resonancia magnética funcional, que la experiencia nostálgica involucra la coactivación de los sistemas de memoria y

recompensa: cuando un estímulo evocador entra en el hipocampo y se recupera la memoria asociada, esa recuperación facilita el procesamiento de su valor de recompensa en el estriado ventral y en el área tegmental ventral (Oba et al., 2016). La intensidad de esa coactivación entre hipocampo y estriado ventral correlaciona, además, con la propensión individual a la nostalgia. Una revisión posterior integró estos hallazgos en un modelo neural que incorpora la autorreflexión, la memoria autobiográfica, la regulación emocional y la recompensa, y propuso que, al experimentarse la nostalgia, la conexión entre el recuerdo y su valor de recompensa se refuerza por transmisión dopaminérgica (Yang et al., 2022).

Conviene leer estos resultados con la prudencia que sus propios autores reclaman. Yang et al. (2022) advierten que la evidencia es “sugestiva en el mejor de los casos” (p. 1139) y que sus interpretaciones descansan en inferencia inversa. Con todo, el argumento de este trabajo no necesita una neurociencia concluyente. Le basta un punto más modesto y mejor sostenido: que la experiencia nostálgica enlaza memoria y recompensa de un modo que la vuelve afectivamente densa, y que esa densidad contrasta con la planitud del flujo digital actualista. La hipótesis interpretativa es que las prácticas retro resultan eficaces porque reactivan una arquitectura de resonancia, hecha de atención sostenida, profundidad autobiográfica y temporalidad no dirigida, que el entorno de disponibilidad total y flujo ininterrumpido cancela una y otra vez.

La lectura se concilia, por lo demás, con la teoría de la emoción construida de Barrett (2017), y la conciliación es fecunda. Barrett sostiene que no existe un módulo nostálgico universal preinstalado en el cerebro, y que las emociones son construcciones predictivas que el cerebro elabora a partir de conceptos culturalmente aprendidos. Lejos de contradecir el argumento, la tesis lo refuerza: si la nostalgia es una construcción cultural antes que un dato biológico, entonces el modo en que una sociedad la produce, la nombra y la canaliza varía históricamente, y un régimen de afectación temporal puede modularla. La arquitectura neural aporta un sustrato relativamente estable; los conceptos culturales del tiempo, históricamente variables, deciden cómo se activa ese sustrato y qué experiencia produce. La neurociencia y la historia de las emociones, antes que excluirse, describen dos caras de un mismo proceso de afectación.

Se vuelve inteligible la captura comercial del afecto, y aquí el argumento puede apoyarse en evidencia experimental sólida. La investigación de Lasaleta et al. (2014) demostró mediante seis experimentos que inducir un estado nostálgico debilita el deseo de dinero. Los participantes en condición nostálgica se mostraban dispuestos a pagar más por los productos, se desprendían de más dinero y valoraban menos el dinero que quienes estaban en condición neutra. La evidencia de proceso indica que el efecto obedece a la capacidad de la nostalgia para fomentar la sensación de conexión social: cuando el sujeto se siente vinculado, su necesidad de dinero se atenúa. La conclusión de los autores es directa, y es que la nostalgia abunda en el *marketing* porque empuja a los consumidores a desprenderse de su dinero. El hallazgo proporciona el fundamento empírico del tercer momento genealógico. No estamos ante una conjetura sobre la complicidad entre afecto y mercado, sino ante un mecanismo documentado experimentalmente por el cual la nostalgia opera como dispositivo de captura comercial.

Traducir ese mecanismo en magnitudes de mercado es complejo. Un caso elocuente es el del disco de vinilo. Según los informes anuales de la *Recording Industry Association of America*, las ventas de vinilo en Estados Unidos alcanzaron en 2024 unos 1,400 millones de dólares, en el decimotavo año consecutivo de crecimiento y el nivel más alto desde 1984; ese mismo año, por tercera vez seguida, el vinilo superó al disco compacto en unidades despachadas (RIAA, 2025). En 2025 la tendencia se prolongó en un decimonoveno año de alza (RIAA, 2026).

El dato vale no por su magnitud absoluta, sino por la paradoja que documenta. El formato que la industria daba por muerto a comienzos del siglo XXI, superado primero por el disco compacto y luego por la desmaterialización digital, resurge en el momento de mayor hegemonía del *streaming*, y lo hace hasta superar en ventas al formato que lo había desplazado. El vinilo encarna con exactitud la lógica descrita en el primer capítulo. Es un objeto que no se actualiza, que no tiene versión 2.0, que impone un ritual de escucha lento y atento, ajeno a la disponibilidad instantánea del archivo digital. Bartmanski y Woodward (2015) han mostrado que su atractivo no se explica solo por la nostalgia o el fetichismo, sino por su iconicidad, su materialidad ritual y el aura que el

objeto analógico conserva en la era de la reproducción digital. Sax (2016) documenta cómo ese atractivo se extiende a un conjunto más amplio de objetos, el papel, la fotografía química, el libro impreso, cuya tangibilidad cobra valor afectivo frente a la desmaterialización.

El *retrogaming* ofrece un segundo caso, aunque su tratamiento cuantitativo debe ser más cauteloso. Algunos estudios han mostrado que jugar videojuegos antiguos genera una nostalgia que contribuye al bienestar del sujeto, y que los videojuegos funcionan como máquinas del tiempo que remedian y mercantilizan referentes del pasado (Wulf et. Al., 2018). Las estimaciones del tamaño de este mercado, en cambio, provienen de informes de consultoras cuyas cifras divergen entre sí de forma considerable y cuya metodología no es verificable; presentarlas como dato establecido sería un error. Y esa misma opacidad resulta reveladora, porque la dificultad de medir con rigor la economía de la nostalgia no invalida el fenómeno, sino que indica hasta qué punto se ha difundido por sectores heterogéneos, la música, el videojuego, la moda, el cine, la televisión, que ninguna estadística unificada abarca.

El caso más revelador para el argumento es, con todo, el de quienes consumen pasados que no vivieron. Una parte sustancial del mercado del vinilo y del *retrogaming* no se dirige a quienes recuerdan, sino a personas jóvenes que compran discos de los años setenta o consolas de los ochenta sin haber habitado esas décadas. El fenómeno desarma cualquier explicación de lo retro como mera rememoración autobiográfica. No hay aquí recuerdo propio que reactivar, sino el deseo de una experiencia temporal percibida como más simple, tangible y densa que la del presente digital. Los marcos de la postmemoria de Hirsch (2012) y de la memoria protética de Landsberg (2004), pensados para comprender la transmisión de experiencias históricas a quienes no las vivieron, ofrecen instrumentos para conceptualizar esta transmisión afectiva del pasado. Lo decisivo es que la nostalgia vicaria confirma la tesis central: lo que se busca no es un recuerdo, sino una relación con el tiempo. El pasado se desea no porque se haya vivido, sino porque se figura como un tiempo distinto del presente actualista, un tiempo en que las cosas aún tenían densidad e irreversibilidad.

El pasado de los años setenta que desea el comprador joven de vinilos no es el pasado histórico, con sus penurias y sus violencias, sino una imagen

depurada de él. La noción de retrotopía de Bauman (2017) resulta aquí esclarecedora al argumentar que el futuro pierde su carga utópica, como ocurre en el régimen actualista, que carece de horizonte, el pasado pasa a ocupar el lugar del nuevo horizonte de deseo colectivo, la utopía retrospectiva hacia la que se proyectan las esperanzas que el porvenir ya no acoge. La retrotopía no es memoria, sino un uso del pasado como pantalla de proyección del deseo, especialmente operativo en la ficción histórica que las plataformas de *streaming* producen y distribuyen a gran escala.

Reynolds (2011) ofreció, por último, el diagnóstico crítico que este trabajo retoma y reinterpreta. Su noción de retromanía describe una cultura pop que, incapaz de imaginar el futuro, recicla sin descanso su propio pasado, atrapada en una adicción a sus archivos. Reynolds lee el fenómeno como un defecto de la imaginación creativa, como un agotamiento de la capacidad de innovar. El argumento de este trabajo propone otra lectura, que retromanía no es un fallo de la imaginación, sino un efecto estructural del régimen actualista. Si el presente solo produce cambio sin transformación, la imaginación del futuro no se agota por debilidad creativa, sino porque el propio régimen temporal ha clausurado el horizonte desde el cual ese futuro podía pensarse como discontinuidad. La retromanía es el síntoma cultural de una estructura temporal, no la causa de un empobrecimiento estético. Y la nostalgia que la alimenta no es, por tanto, una elección estética entre otras, sino la forma afectiva característica de un régimen que ha perdido el porvenir.

Conclusión

210

El régimen temporal que con mayor velocidad consume el presente es también el que con mayor intensidad produce y comercializa el pasado. Para volver inteligible esta paradoja se propuso el concepto de régimen de afectación temporal, entendido como el modo históricamente específico en que una configuración del tiempo produce efectos afectivos sobre quienes la habitan. El recorrido permite ahora retomar la disyuntiva que organiza buena parte de la literatura sobre la cultura retro, resistencia al

presente acelerado o síntoma de él, y mostrar por qué conviene disolverla en lugar de resolverla.

La tentación de leer las prácticas retro como resistencia es comprensible. Quien elige el vinilo frente al *streaming*, el cartucho frente a la descarga o la fotografía química frente al archivo digital parece oponer a la lógica del *update* permanente una afirmación de lentitud, materialidad y duración. Hay en el gesto, sin duda, una protesta afectiva contra la planitud del flujo digital. Pero leerlo solo como resistencia pasa por alto un hecho que el segundo capítulo documentó: esa protesta no se sustrae al mercado, sino que constituye uno de sus segmentos más dinámicos. El déficit de resonancia que produce el actualismo es, a la vez, capturado y revendido por la industria cultural en forma de objetos y experiencias del pasado. La nostalgia que impulsa la compra del vinilo es la misma que, según la evidencia experimental, debilita el deseo de dinero y predispone al gasto. El gesto de resistencia es, en su materialidad económica, un acto de consumo perfectamente integrado en la lógica que dice impugnar.

La tentación contraria, leer lo retro como puro síntoma, como falsa conciencia o evasión alienada, incurre en el error opuesto. Reducir la nostalgia contemporánea a una manipulación comercial olvida que el déficit de resonancia es real, que la carencia afectiva que el sujeto busca paliar no es ilusoria y que la densidad temporal del objeto analógico responde a una necesidad efectiva de habitar el tiempo de otro modo. Quien compra un vinilo no es un simple incauto; busca, con los medios que el mercado pone a su alcance, una experiencia de resonancia que su entorno le niega. El problema no es que su necesidad sea falsa, sino que su único cauce disponible sea la mercancía.

La tesis de este trabajo es que ambas lecturas resultan insuficientes porque comparten un presupuesto erróneo, el de que resistencia y síntoma son alternativas excluyentes entre las que habría que escoger. El concepto de régimen de afectación temporal deja ver que, bajo el actualismo, el déficit de resonancia y su gestión comercial no son dos cosas distintas, sino el anverso y el reverso de un mismo proceso. El régimen produce la carencia, la imposibilidad de habitar un presente que se actualiza sin transformarse, y en el mismo movimiento ofrece su paliativo en forma de mercancía nostálgica. La ambivalencia entre resistencia y síntoma no es, por tanto, una indeterminación que la investigación deba zanjar reuniendo más datos.

Es el rasgo constitutivo del régimen. La nostalgia contemporánea funciona menos como impugnación del actualismo que como tecnología afectiva de adaptación a una aceleración sin horizonte: permite al sujeto sobrellevar la falta de resonancia sin alterar la estructura que la produce.

De ahí se sigue una consecuencia que el concepto ilumina con nitidez. Si la nostalgia opera como tecnología de adaptación, su proliferación no anuncia el agotamiento del régimen actualista, sino su consolidación. Lejos de erosionar la lógica del *update* permanente, el mercado de lo retro la vuelve habitable: ofrece, dentro del flujo, islas de densidad temporal que hacen tolerable el flujo mismo. El pasado mercantilizado no interrumpe el presente actualista, lo sostiene, al proporcionarle el suplemento afectivo que por sí mismo no genera. En este sentido, la cultura retro no es la grieta por donde el régimen podría quebrarse, sino el dispositivo que asegura su reproducción.

El alcance de estas conclusiones conviene enunciarlo con la honestidad que el carácter del trabajo exige. Se trata de una elaboración teórica y exploratoria, no de una verificación empírica. Su validez no reside en la contrastación de datos, pues los datos sectoriales y experimentales empleados funcionan como indicios convergentes y no como pruebas, sino en la coherencia y la capacidad explicativa del concepto frente a un conjunto de fenómenos cuya dispersión aparente ocultaba una lógica temporal compartida. El concepto de régimen de afectación temporal articula tres niveles, el estructural-histórico, el sociológico y el neurobiológico, que la literatura suele estudiar por separado, y muestra que la proliferación de la cultura retro, el déficit de resonancia y la clausura del horizonte de futuro son aspectos de una misma transformación del vínculo contemporáneo con el tiempo.

212 Quedan abiertas varias líneas de investigación. La articulación entre el régimen de afectación temporal y los regímenes y comunidades emocionales de la historia de las emociones, esto es, entre la estructura temporal que produce la nostalgia y las normas y grupos que la canalizan, la valoran o la resisten, pediría un desarrollo propio, atento a la diferenciación interna de los públicos del consumo retro que aquí se ha tratado en un nivel deliberadamente abstracto. El examen de la ficción histórica en las plataformas de *streaming*, apenas esbozado a través de la

retrotopía, merecería un análisis específico de sus formas narrativas y sus modos de producción. Y la incorporación de otras categorías de la teoría contemporánea del tiempo permitiría matizar y poner a prueba el alcance del concepto. Estas tareas exceden los límites de un trabajo exploratorio cuyo propósito era, sobre todo, proponer un instrumento conceptual y mostrar su fecundidad ante un problema preciso. Si el concepto de régimen de afectación temporal logra que la paradoja inicial deje de parecer un enigma y se revele como la lógica coherente de una época, habrá cumplido su cometido.

Referencias

- Araújo, V. L. de, y Pereira, M. H. de F. (2019). *Atualismo 1.0: como a ideia de atualização mudou o século XXI* (ed. 2). Editora Milfontes.
- Barrett, L. F. (2017). *How emotions are made: The secret life of the brain*. Houghton Mifflin Harcourt.
- Bartmanski, D., y Woodward, I. (2015). The vinyl: The analogue medium in the age of digital reproduction. *Journal of Consumer Culture*, 15(1), 3-27.
- Bauman, Z. (2017). *Retrotopia*. Polity Press.
- Boddice, R. (2018). *The history of emotions*. Manchester University Press.
- Boddice, R., y Smith, M. M. (2020). *Emotion, sense, experience*. Cambridge University Press.
- Boym, S. (2001). *The future of nostalgia*. Basic Books.
- Cruz, M. (2012). *Adiós historia adiós: el abandono del pasado en el mundo actual*. Ediciones Nobel.
- Dodman, T. (2018). *What nostalgia was: War, empire, and the time of a deadly emotion*. University of Chicago Press.
- Garrocho Salcedo, D. S. (2019). Nostalgia. Sobre el origen y el nombre de una patología sentimental. *Isegoría*, (61), 673-688.
- Hartog, F. (2007). *Regímenes de historicidad: presentismo y experiencias del tiempo* (N. Durán y P. Avilés, Trans.). Universidad Iberoamericana.

- Hirsch, M. (2012). *The generation of postmemory: Writing and visual culture after the Holocaust*. Columbia University Press.
- Koselleck, R. (1993). *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos* (N. Smilg, Trad.). Paidós.
- Landsberg, A. (2004). *Prosthetic memory: The transformation of American remembrance in the age of mass culture*. Columbia University Press.
- Lasaleta, J. D., Sedikides, C., y Vohs, K. D. (2014). Nostalgia weakens the desire for money. *Journal of Consumer Research*, 41(3), 713-729.
- Matt, S. J. (2011). *Homesickness: An American history*. Oxford University Press.
- Oba, K., Noriuchi, M., Atomi, T., Moriguchi, Y., y Kikuchi, Y. (2016). Memory and reward systems coproduce “nostalgic” experiences in the brain. *Social Cognitive and Affective Neuroscience*, 11(7), 1069-1077.
- RIAA. [Recording Industry Association of America]. (2025). *2024 year-end music industry revenue report*. Recording Industry Association of America.
- RIAA. (2026). *2025 year-end music industry revenue report*. Recording Industry Association of America.
- Reddy, W. M. (2001). *The navigation of feeling: A framework for the history of emotions*. Cambridge University Press.
- Reynolds, S. (2011). *Retromania: Pop culture's addiction to its own past*. Faber & Faber.
- Rosa, H. (2013). *Social acceleration: A new theory of modernity* (J. Trejo-Mathys, Trad.). Columbia University Press.
- 214 Rosa, H. (2019). *Resonance: A sociology of our relationship to the world* (J. C. Wagner, Trad.). Polity Press.
- Rosenwein, B. H. (2002). Worrying about emotions in history. *The American Historical Review*, 107(3), 821-845.
- Rosenwein, B. H. (2006). *Emotional communities in the early Middle Ages*. Cornell University Press.

- Sax, D. (2016). *The revenge of analog: Real things and why they matter*. PublicAffairs.
- Wulf, T., Bowman, N. D., Rieger, D., Velez, J. A., y Breuer, J. (2018). Video games as time machines: Video game nostalgia and the success of retro gaming. *Media and Communication*, 6(2), 60-68.
- Yang, Z., Wildschut, T., Izuma, K., Gu, R., Luo, Y. L. L., Cai, H., y Sedikides, C. (2022). Patterns of brain activity associated with nostalgia: A social-cognitive neuroscience perspective. *Social Cognitive and Affective Neuroscience*, 17(12), 1131-1144.